

El feminismo

Dr. Humberto Mauro Marsich
Misionero Xaveriano

Concepto

Por feminismo se entiende: "*El movimiento cultural y político, amplio y complejo, que pone como centro de su reflexión y acción los problemas relacionados a la condición de la mujer en la sociedad*".

Un comienzo de feminismo lo encontramos después de la revolución francesa y en concomitancia con la industrialización del siglo XIX: dos acontecimientos a los que participan activamente también las mujeres y que ponen las bases ideales y espirituales para que empezaran a reflexionar colectivamente sobre su propia condición existencial y social. Este primer feminismo se sustenta sobre los principios de igualdad y de emancipación. Será hasta los años 60 del siglo XX cuando los movimientos feministas verán concretizarse sus derechos y sus luchas.

Después de los años sesenta del siglo XX crece un segundo feminismo que supera las reivindicaciones *emancipativas* y lucha por la liberación de la mujer en términos de proceso interior, para hacer de la mujer un sujeto autónomo, y de transformación de los marcos institucionales en favor de la edificación de una sociedad a medida de la persona humana (varón y mujer) y ya no del sólo hombre.

Aspecto social del feminismo

Lo que más ha significado el feminismo, tomado en su totalidad, ha sido indudablemente la formación en la mujer de una conciencia ética de su subjetividad autónoma y de su capacidad de elegir y de actuar, más allá de esquemas preconstituidos. Se han dado, así, cambios radicales no sólo en el interior del mundo femenino, sino también en la manera de relacionarse con la sociedad y con la Iglesia. Se debilita también la visión *androcéntrica* del mundo, machista e ideológica, en favor de una revalorización equilibrada del papel y de la importancia de la mujer.

Mientras el feminismo laico reivindica una cultura del cuerpo que no oprima el de la mujer, una maternidad que sea fruto de opciones de amor y experiencia a vivir solidariamente con el *partner* y una manera unificada de gestionar la vida social, el feminismo católico exalta el protagonismo de la mujer en el plano de la salvación, en la vivencia de la fe y en el discipulado del Señor. La mujer también puede ser discípula, profetisa y apóstol.

Si en la reflexión teológica tradicional la mujer era relegada a sujeto de segundo nivel, con inferioridad fisiológica, moral y jurídica, en la reflexión teológica actual es rescatada totalmente y reconocida como modelo de fe activa, participada y responsable. La negativa para que la mujer pueda acceder al sacerdocio católico no se debe a posturas aún machistas y a prejuicios culturales, sino a motivaciones de carácter teológico cuya comprensión no es seguramente fácil para todos.

Lo que la cultura, hoy, reconoce a la mujer es su igualdad de dignidad con el hombre en la diferencia, aceptada y dignificante, de sensibilidad y de roles sociales. Esta es la razón por la cual un sector del feminismo señala con vigor la diferente identidad sexual de la mujer y su valor intrínseco.

La diversidad ya no puede ser vivida como lugar de marginación sino como especificidad fecunda, exaltante y creativa. Una diversidad que ya no es percibida como separación ni como incomunicación, sino, exactamente porque fundada en la igualdad, permite alianza, escucha recíproca, gozo y posibilidad de proyectos compartidos.

La misma Revelación reconoce la perfecta igualdad entre el hombre y la mujer, en cuanto personas humanas y, en cuanto imagen y semejanza divina, les reconoce la misma dignidad.

El Catecismo de la Iglesia Católica (número 369) expresa estas ideas de la siguiente manera: "*El hombre y la mujer son creados, es decir, son queridos por Dios: por una parte, en una perfecta igualdad en tanto que personas humanas y, por otra, en su ser respectivo de hombre y de mujer. "Ser hombre" y "ser mujer" es una realidad buena y querida por Dios: el hombre y la mujer tienen una dignidad que nunca se pierde, que viene inmediatamente de Dios su creador (cf Gn 2, 7. 22). El hombre y la mujer son, con la misma dignidad, "imagen de Dios". En su "ser-hombre" y su "ser-mujer" reflejan la sabiduría y bondad del Creador*".

Valoración moral del feminismo

El feminismo, así como lo hemos interpretado, no constituye problema moral. Es un fenómeno positivo que ha permitido la emancipación y la liberación de la mujer, sin embargo, se han dado también feminismos radicales, cuyas luchas fuertemente ideologizadas y cuyos principios seriamente manipulados, han perjudicado más que beneficiado a la misma mujer. El juicio moral sobre estos es, obviamente, totalmente negativo porque alteran valores, como la maternidad, el amor, el matrimonio y la familia y dañan irreversiblemente la misma imagen social de la mujer.

La reflexión sobre el feminismo que hemos desarrollado se ubica, por cierto, en el Occidente del mundo y no tiene en consideración la realidad de la mujer en otras partes. Una mirada más planetaria, de verdad, nos revelaría la inexistencia de caminos feministas y, tristemente, la situación de extrema opresión y marginación en que vive, aún hoy, gran parte de las mujeres del mundo. Las luchas del feminismo aún no se han acabado.

De la Carta del Papa Juan Pablo II a las Mujeres (29 de Junio de 1995)

La Iglesia desea dar gracias a la Santísima Trinidad por el "misterio de la mujer" y por cada mujer, por lo que constituye la medida eterna de su dignidad femenina, por las "maravillas de Dios", que en la historia de la humanidad se han realizado en ella y por ella. Dar gracias al Señor por su designio sobre la vocación y la misión de la mujer en el mundo se convierte en un agradecimiento concreto y directo a las mujeres, a cada mujer, por lo que representan en la vida de la humanidad.

Te doy gracias, mujer-madre, que te conviertes en seno del ser humano con la alegría y los dolores de parto de una experiencia única, la cual te hace sonrisa de Dios para el niño que viene a la luz y te hace guía de sus primeros pasos, apoyo de su crecimiento, punto de referencia en el posterior camino de la vida.

Te doy gracias, mujer-esposa, que unes irrevocablemente tu destino al de un hombre, mediante una relación de recíproca entrega, al servicio de la comunión y de la vida.

Te doy gracias, *mujer-hija* y *mujer-hermana*, que aportas al núcleo familiar y también al conjunto de la vida social las riquezas de tu sensibilidad, intuición, generosidad y constancia.

Te doy gracias, *mujer-trabajadora*, que participas en todos los ámbitos de la vida social, económica, cultural, artística y política, mediante la indispensable aportación que das a la elaboración de una cultura capaz de conciliar razón y sentimiento, a una concepción de la vida siempre abierta al sentido del «misterio», a la edificación de estructuras económicas y políticas más ricas de humanidad.

Te doy gracias, *mujer-consagrada*, que a ejemplo de la más grande de las mujeres, la Madre de Cristo, Verbo encarnado, te abres con docilidad y fidelidad al amor de Dios, ayudando a la Iglesia y a toda la humanidad a vivir para Dios una respuesta «esponsal», que expresa maravillosamente la comunión que El quiere establecer con su criatura.

Te doy gracias, *mujer*, ¡por el hecho mismo de ser *mujer*! Con la intuición propia de tu femineidad enriqueces la comprensión del mundo y contribuyes a la plena verdad de las relaciones humanas.

Pero dar *gracias* no basta, lo sé. Por desgracia somos herederos de una historia de enormes *condicionamientos* que, en todos los tiempos y en cada lugar, han hecho difícil el camino de la mujer, despreciada en su dignidad, olvidada en sus prerrogativas, marginada frecuentemente e incluso reducida a esclavitud. Esto le ha impedido ser profundamente ella misma y ha empobrecido la humanidad entera de auténticas riquezas espirituales. ... Que este sentimiento se convierta para toda la Iglesia en un compromiso de renovada fidelidad a la inspiración evangélica, que precisamente sobre el tema de la liberación de la mujer de toda forma de abuso y de dominio tiene un mensaje de perenne actualidad, el cual brota de la *actitud misma de Cristo*. El, superando las normas vigentes en la cultura de su tiempo, tuvo en relación con las mujeres una actitud de apertura, de respeto, de acogida y de ternura. De este modo honraba en la mujer la dignidad que tiene desde siempre, en el proyecto y en el amor de Dios. ...